

## ÚLTIMA LLAMADA

*Rodrigo Durán Bunster\**

Sus pasos apresurados retumbaban en sus sienas al mismo ritmo que los latidos de su corazón. Quería llegar antes que ninguno, antes de la hora acostumbrada para prepararse como nunca y alcanzar la concentración que le permitiera apoderarse para siempre del personaje que representaría por última vez en la última función de su vida. Faltaban algunas horas para que dieran la primera, luego la segunda y por fin la tercera llamada y se levantara el telón. Aún así le parecía imposible ¿Habría realmente una última función? ¿Será verdad que los actores jubilan? Aceptaba que en algún momento tendría que hacerlo, pero guardaba la secreta esperanza de interpretar alguna vez, después del retiro, un papel de anciano eterno, sabio, enigmático que sumiera al público en el encanto total. A esas alturas de la vida, la realidad se había encargado de empalidecer sus sueños: en la pobrísima cartelera actual el actor viejo solo calzaba en personajes de poca monta, destinados a provocar la compasión o a desatar la risa y las burlas del espectador.

A medida que se acercaba al teatro, la marquesina se perfilaba mejor: Hoy *El Rey Lear*, de William Shakespeare... Ya se preparaba la sustitución de su nombre en la cartelera. Aún no le cabía en la cabeza: el productor necesitaba unos días para el próximo estreno y había llamado a un novato para reemplazarlo hasta entonces. ¿Cómo un actor sin suficiente oficio podría asumir una

responsabilidad de ese calibre? ¿Cuánto le había costado a él llegar a ese nivel? En este preciso momento, estaba convencido que aún podía dar más; ansiaba seguir, pero el médico había sido terminante: o paraba, o moriría de un ataque al corazón.

Sonrió a la muchacha nueva de la boletería; saludó al guarda de años con la amabilidad de siempre y entró en su camerino. Comenzó su rutina de relajación y concentración. Mas no pudo completarla; estaba sobreexcitado. Recorrió el escenario... cada rincón estaba empapado de una emoción diferente. Recorrió la bodega... cada elemento de utilería traía un recuerdo especial. Recorrió el jardín aledaño... cada banca le hizo rememorar una compañía distinta. Y entre todas, Gabriela. Ignoraba si lograría olvidarla. De sensibilidad a flor de piel, en escena bastaba una leve motivación para que estallara en llanto, riera, o sufriera por causa de una pasión desgarrada. Talentosa, joven, intuitiva, llegó de forma natural a encarnar a Cordelia, la hija menor del *Rey Lear*.

Se hizo tarde; todo el mundo golpeaba sin cesar la puerta de su camerino para darle un saludo de despedida e invitarlo a la salida de la función. Finalmente, hubo un acuerdo de ir todos al mismo lugar. Sin duda su llegada temprana frustró la intención de sus compañeros de dejarle algún recordito-sorpresa, pues fueron apareciendo paulatinamente, mientras hacía una

---

\* M.L. Universidad de Costa Rica. Lic., Universidad Nacional  
Recepción: 13/3/07 Aceptación: 30/3/07

escapada al baño o una salida a tomar aire por la puerta que daba al estacionamiento para el público.

Ya en su puesto del camerino, fijó con polvos traslúcidos el maquillaje de su caracterización del Rey Lear. El espejo bordeado de bombillos le devolvió la imagen del rostro poblado de arrugas naturales del venerable monarca. En la silla contigua el reemplazante todavía sudaba, lápiz café en mano, en su intensa lucha por crear alguna hendidura en sus incipientes pliegues faciales.

Un timbre largo. Pausa. Un timbre corto. Se acalló el parloteo entre bastidores. Un breve silencio cargó el ambiente de magnetismo. La voz discreta del director de escena confirmó por medio del pequeño altoparlante del camerino: “primera llamada, primera llamada”. Se iniciaba el mágico viaje hacia el tumultuoso mundo de Shakespeare.

“Ojalá que Angélica no venga”, pensó. Fría, de juicio racional y penetrante, nunca resultó como actriz. Tampoco fue buena en dirección teatral. Era analítica, dueña de una lógica invulnerable; sus sentimientos y su sensualidad pasaban por el tamiz del autocontrol.

- ¿Cuándo vas a hacer un protagónico?  
- dejaba caer a menudo su ex mujer en el diálogo cotidiano.

- Quiero afinarme como intérprete.

- Cada vez que me preguntan “qué hace su esposo” y yo respondo “es actor”, se me quedan viendo como si fuera una loca. No soporto que nadie te conozca.

- Me conocen los que van al teatro.

- Tienes que hacerte famoso

- Me interesa ser actor, no estrella

- Pero tienes que pensar en el éxito; si no, ¿para qué actuar?

- Para mí el éxito es llegar al alma del espectador y mejorarlo como persona

- Eso es pura poesía, tienes que cotizarle; “es mejor ser cabeza de ratón que cola de león”.

Angélica comenzó a escribir. De partida, conjuraba la temible página en blanco con un sinnúmero de ácidos comentarios. Irremediamente se transformó en crítica de teatro. Este era el momento en que menos

necesitaba la opinión de su ex esposa publicada en el diario de mayor circulación del país. ¿Miraba por el hueco en la cortina para saber si estaba? En su vida había hecho tal cosa, la consideraba una costumbre propia del actor aficionado. Pero había que estar preparado... “Tal vez mi reemplazante sucumba ante esa tentación y me pase el dato”, pensó. Tendría que describírsele. Bastaría con señalar que el rostro de Angélica era blanco, que sus ojos taladraban, que su nariz era aguzada, que sus labios se fundían en una comisura tan angosta como el filo de un cuchillo y que usaba el pelo corto, estilo garçon como se decía antes. Pero la dignidad del viejo actor se impuso. “Es absolutamente inapropiado derivar esa tarea a este joven, ¿por qué demostrar inseguridad ante un desconocido actor principiante?” Desechó la idea y se preparó para afrontar con entereza la eventual intromisión en su función de clausura. Por otra parte, ¿qué más podía pedir Angélica? En esta ocasión lo vería interpretando un papel protagónico.

Un timbre largo. Pausa. Dos timbres cortos. “Segunda llamada, segunda llamada”, avisó la voz del altoparlante.

El Rey joven se agitó, azotó su cara con desmedidos golpes de cisne en su afán de fijar el maquillaje, pero solo consiguió desatar una nube de polvo que finalmente tapó la obra de arte que acababa de diseñar en su tez. El Rey viejo permaneció impávido, mientras su corazón, como si hubiera tocado un cable eléctrico, apresuraba sus latidos que otra vez fueron a resonar en sus sienas. En su juventud, antes de salir a escena solía atacarlo una tremolina que se expandía hacia el estómago y su contenido; hacia el intestino y su contenido; que culminaba más allá del recto y su contenido.

El Rey viejo no quería ni pensar en lo que le sucedería a su sobremaquillado sosías cuando en la próxima función representara el papel protagónico.

Huyó de su camerino y tomó su puesto entre bastidores. El telón de boca se combaba ante el embate de la corriente de aire que arrastraba el revoloteo pleno del murmullo del público.

Las luces azules indirectas detrás del escenario proyectaron una sombra furtiva que se deslizaba acompañada de un crujido de telas. El novel sustituto se desplazaba y extendía los brazos en ademanes amplios. Había recibido el vestuario hacía apenas unos instantes y trataba de apropiárselo.

Un timbre largo. Pausa. Tres timbres cortos. “Tercera llamada, tercera llamada. Principiamos”.

Su última interpretación estaba por comenzar.

El telón se alzó y descubrió la negra oquedad de la sala. “La boca del lobo”, como decía su maestro. Allí habitaba el monstruo de mil cabezas que, a pesar de los años transcurridos, aún causaba la liberación en su torrente sanguíneo de la misma cantidad de adrenalina que en sus comienzos, con la única diferencia que en aquel entonces lo alistaba para huir y hoy lo ponía en guardia para enfrentarlo. Los murmullos del público subieron a primer plano y solo decrecieron a medida que la luz develaba paulatinamente las formas y colores de la escenografía del primer acto.

La función arrancó. Pensaba que su actuación de despedida iba a ser algo memorable; sin embargo, todo parecía encajar dentro de la rutina de un día domingo: bastante gente, pero fríos y distantes. El jueves el público era escaso y poco receptivo. Sin duda alguna, el mejor día era el sábado. El teatro se llenaba y el público se expresaba, sufría, vibraba, lloraba, reía como despojándose de la rutina y el cansancio de la semana laboral. El viernes solía ser bueno, pero poco a poco cayó en franca decadencia hasta que el sábado ocupó su lugar de privilegio.

La experta mirada periférica del Rey viejo descubrió que la primera fila estaba desocupada. Parecía la única novedad en la rutina de aquella función. Solo le molestaba el movimiento de los labios del joven Rey que, parado en la primera caja, repetía el texto al mismo tiempo que él lo decía. Más tarde el Rey viejo advirtió que el Rey joven copiaba sus movimientos, sus gestos y seguramente sus entonaciones,

aunque sin sonidos perceptibles. Su enojo se fue transformando, en diversión mientras se ensañaba haciendo inesperadas variaciones de ritmo que desconcertaron al joven actor.

Involuntariamente, en el giro de retorno de un semimutis posó su mirada en la platea; para su desgracia, se topó con la fatídica figura de Angélica, su ex esposa. Allí estaba; la pálida cara delineada al aguafuerte en el marco del peinado estilo príncipe valiente hacía un contraste diabólico con la aureola roja emergente del rótulo Exit-Salida que modelaba desde un costado su nuca altiva y desafiante.

¿Por qué? ¿Para qué tenía que venir a la última función? ¿Para plasmar en letras de molde su agonía como actor? ¿Para dejar un testimonio escrito parcializado que se transformaría en última palabra; que perduraría como nunca lo habían hecho ni lo harían las mil y una temporadas exitosas a lo largo de su vida de actor? De acuerdo, es un arte efímero, pero ¿por qué perpetuar una opinión ocurrente en lugar de registrar de algún modo el maravilloso cambio en el alma del espectador que cada función entra al teatro tal como es y sale transfigurado? Era injusto, alevoso, traicionero.

Se replegó en sí mismo. Reconcentrado, cobró fuerzas para un envite adicional. La adrenalina otra vez inundó su torrente sanguíneo. El corazón insuflaba cataratas de fluidos múltiples en su revitalizado organismo. Tembloroso, acometió la escena en que llora la muerte de Cordelia.

Pero de pronto algo pasó... comenzó a jadear, le faltaba el aire, un rojo intenso subía de nivel desde el cuello hasta su frente, mientras las fuerzas se iban. El vivo tono del letrado Exit-Salida se desdibujó en un trazo hecho a mano alzada y el piso del escenario pareció levantarse y venir a su encuentro hasta chocar contra su nariz.

La crítica se transformó en Angélica, se levantó y avanzó hacia el proscenio. Cordelia resucitó, se convirtió en Gabriela y comenzó a revivirlo. Sus maniobras fracasaron. Sin dudar un instante, le aplicó respiración boca a boca.

La joven observó de reojo que Angélica, enfurecida, le daba la espalda. No había reaccionado así en contra de ella desde que escribió aquella crítica del montaje de Chejov en que despedazaba su trabajo, cruelmente titulada “El jardín de los bostezos”.

El viejo escuchaba que su pecho gemía como un desgastado bandoneón, mientras el Rey joven, pétreo, permanecía pegado a la cortina de boca. La respiración agitada del Rey mayor terminó por convencerlo que copulaba con Gabriela. Sentía que su cuerpo pequeño, gracioso, de formas redondeadas, de piel clara, sensual, se contorneaba encaramado encima de él. Fue entonces que los divisó. Ocupaban la primera fila, hasta hace poco, vacía. Se levantaron y se aproximaron por el pasillo de la sala en un desfile estrafalario, conversando entre ellos, desplegando su manera de andar tantas horas ensayada por él, ostentando su vestuario reluciente y su maquillaje de cuidadosa elaboración. ¿De dónde salieron? Parecía que se conocían; es más, algunos se comportaban como si fueran viejos amigos. Qué raro, porque obviamente no eran de la misma generación.

Eran sus personajes preferidos. Allí estaba Geronte, de Las travesuras de Scapin de Moliere con su panza protuberante, su caminar suspendido, su nariz oblonga que vibraba con los parlamentos matizados por una descomunal rinolaria. Una figura que le costó construir en aquellos tiempos en que nació su primer hijo, que poco lo dejó dormir después de regresar tarde del teatro y mucho le dificultó levantarse temprano para acudir a las grabaciones de la serie de radio que apuntalaba su exiguo presupuesto familiar. Junto a él venía Corbaccio de Volpone de Jonson, encorvado, de piernas torcidas llenas de várices, con su ridícula corneta que mantenía pegada a su oído sordo mientras dialogaba a gritos. En esos años, trabajaba en una serie de televisión por las mañanas. Recordó que ya en esa época las cosas no estaban bien con Angélica.

También venía el editor Aslaksen, de El enemigo del pueblo, de Ibsen, sinuoso, de voz aterciopelada, solapado y traicionero. Ya para entonces estaba viviendo solo y tampoco podía dormir hasta tarde en la mañana, porque fue su mejor temporada de trabajo en cine. Junto a él caminaba Carlos Gardel de El día que me quieras de Cabrujas, seguro de sí mismo, con su cálida voz que a borbotones poblaba el ambiente de dichos y directes. En aquella época ya tenía pareja nueva, Gabriela. Una relación inolvidable que vivió a morir hasta que la juventud se impuso y ella se alejó de su lado para unirse a un compañero de “la nueva ola”.

Faltaban otros, los gemelos de Invitación al Castillo, de Anouihl, Silvano de Puerto Limón, de Gutiérrez; Hamlet, Macbeth, también el Rey Lear... pero, el Rey Lear yacía en el escenario... La silueta de Angélica se recortó en la puerta de salida de la sala, ya abierta para recibir a los paramédicos de la ambulancia que venía en camino. El último pensamiento del actor fue para ella:

-Angélica, no te vayas, ¿no querías que fuera protagonista? ¿O estás frustrada? Querías caerme con tus frases lapidarias y no te di en el gusto: detuve la función.

Gabriela puso el oído en el pecho de su mentor. Después de un instante, comenzó a llorar quedamente. Se echó sobre él y lo atenazó con sus brazos.

Las creaturas subieron al escenario, apartaron suavemente a Graciela y, sin saludar al público que permanecía sobrecogido en la platea, alzaron en hombros al Rey.

Con paso solemne lo sacaron de escena por primer plano y siguieron por el pasillo de la sala, mientras el elenco se ordenaba detrás de ellos.

El público se puso de pie.

Los tímidos aplausos iniciales estallaron en una incontenible ovación, mientras el viejo actor – sustentado por la irresistible magia de sus personajes –, remontaba la accidentada cuesta que conduce a la eternidad o al olvido.